

NOTAS DE VIAJE

Por Tomás SEGOVIA

II

Algo sobre el gótico

VI NÔTRE-DAME cubierta de palomas y Chartres rodeada de cuervos. Cosas como ésta suelen ser más reveladoras que todo un tratado. Son esas metáforas que se producen solas y que nos resultan tan luminosas, tan inteligibles como un pensamiento. Están recorridas por una especie de inspiración objetiva, pero tan inspiración como la que ilumina esas frases que valen por libros enteros y que desnudan y marcan toda una sensibilidad. Para decir, por ejemplo: "la Edad Media, enorme y delicada", ¿no es preciso haberlo visto con los verdaderos ojos carnales? Pero a veces ni siquiera tiene uno que llegar a la extrema tensión de la atención, mantener los ojos exasperadamente abiertos hasta

los conjuraba, los hacía participar en la vida en lugar de dejar que la fueran matando fríamente. Feliz aquel que puede distinguir el rostro de sus enemigos. El siglo XVIII y hasta el XVI pueden haber creído que esta época fue enfermedad y oscura, pero desde nuestra perspectiva es bien claro que éste es el único período orgánico, sano y verdaderamente creador que ha conocido Occidente después de la antigüedad. Por eso en el fondo es ella, y no el Renacimiento, lo que más se parece a Grecia. Las creaciones verdaderamente populares de Europa sólo pueden encontrarse en Grecia o en la Edad Media. El Partenón y Chartres. ¿Hay algo en Europa que se atreva a competir con esto?

En el fondo la Edad Media está tan viva como Grecia, es tan viva como ella, y nada tiene de extraño que Julien Gracq, entre otros, se asombre de que este venero esté intacto todavía. Como la arquitectura griega, la catedral de Chartres es inagotable. También ella está llena de sugerencias, de puntos de partida, de significaciones riquísimas que sirven de apoyo o de trampolín para las más diversas meditaciones; y también por encima de todo eso, su presencia real y completa es ella misma un misterioso significado, una inefable inspiración materializada. El espacio allí está sentido precisamente como inspiración: se le hace rítmico, circulante, orgánico; se le hace melodía. Ante las grandes obras de la arquitectura creo que se nos revela siempre esta importancia del espacio, que es (como ya lo hizo ver Worringer) su verdadero material. Chartres parece una crisálida llena de espacio, un nido del espacio. Esto me parece uno de esos trampolines, uno de esos significados (siempre un poco arbitrarios por que son vivos y no conceptuales) de que hablaba antes. En el gótico, en efecto, el espacio se hace por primera vez verdaderamente interior.

Esto se hace muy evidente comparándolo con otras arquitecturas, por ejemplo con la antigua, donde el espacio no se cierra del todo, sino que más bien se marca, consiste en la demarcación de una porción del espacio continuo; o con la arquitectura precolombina, donde el espacio es exterior, cóncavo, donde las pirámides por ejemplo hacen jugar al espacio que las cubre y no al que contienen. ¿No es lícito ver aquí un significado, un paralelismo con ideas o sentimientos mucho más generales? Para el griego el templo señala un lugar sagrado, pero



que la visión se desnude; sino que allí está, como un regalo, la metáfora misma: la Edad Media palpitante de palomas y obsesionada de cuervos, ángel y demonio, monstruo y dulzura, ave tierna y pajarraco.

Creo que el cuervo es el pájaro más medieval que existe (salvo, tal vez, la urraca). Es de la misma estirpe que las gárgolas. Encarna el mal agüero, lo demoníaco cotidiano, la fealdad robusta que en el fondo la Edad Media amó siempre que se le presentó como cosa viva. Porque la Edad Media vivía rodeada de sus monstruos, como todas las épocas, sólo que eran monstruos aplacables o aplacados: monstruos incorporados. A nuestros ojos la Edad Media es la salud y el vigor precisamente porque convivía con sus monstruos, los aceptaba,



productores y consumidores, y de que esa gran comunidad de 28 millones de habitantes se llama México.

—¿El Instituto ayudará también a los famosísimos lacandones?

—De eso me habló ampliamente don Alfonso, porque al Instituto le interesa ayudar al mayor número posible de comunidades indígenas; pero los lacandones son en la actualidad cuarenta, y, por tanto, no constituyen un problema.

—Pero viven en la selva casi completamente incivilizados.

—Pero son cuarenta. Además de ellos, en estado selvático sólo permanecen los seris, que viven de la agricultura en la costa de Sonora y en la isla de Tiburón. Lo dijo muy claramente: "en México no tenemos problema de indígena selvático como Brasil y Venezuela." Pero algunos países de América no tienen en absoluto problema indígena; así Uruguay, Costa Rica y las Antillas. Menor que el nuestro es el problema de Argentina, Chile y Colombia; pero en México, Guatemala, parte de Honduras, Ecuador y Bolivia es necesario trabajar muy intensamente para modificar la situación económica, higiénica, cultural de muchos miles de seres.

—¿También estos países tienen sus Institutos?

—Sí, y el nuestro sostiene intercambio con todos ellos, filiales del Instituto Indigenista Interamericano que tiene su sede aquí, en México. Es necesario proteger de la civilización a dichos seres mientras se incorporan al ritmo de desenvolvimiento de la misma; porque hombres criados en ella han hecho viajes a la América del Sur con el único propósito de matar indígenas para vender sus esqueletos a los museos del mundo. Otros llegaron a lo sublime, capturando a una familia en la Patagonia para llevarla a una exposición universal en la que, lógicamente, murieron todos sus miembros.

—Después de eso, es natural que tengan una gran desconfianza para con los extraños que se les acercan.

—Claro, eso es absolutamente natural. Creo que usted pensará lo que el doctor Caso respecto de ese punto: que los indígenas mexicanos no son tontos, nada tontos, y saben si uno va con ánimo de explotarlos o de ayudarlos. A él le consta que cuando los extraños van con esa segunda intención hay una respuesta positiva de parte de los indígenas; y el tradicional supuesto de que son flojos tiene que desaparecer también ante su cooperación decidida en todo trabajo del que saben que va a ser en su beneficio. Por eso don Alfonso no vacila en confesar que el mejor éxito del Instituto está, sin duda, en haber ganado la confianza de un ser atávicamente desconfiado.

—Realmente es muy interesante todo eso y me gustaría seguir platicando con usted, pero tengo un compromiso y debo ser puntual. De verdad que me ha gustado oír hablar de ese problema de México. Puedo asegurarle que en cuanto haga un viaje por Chiapas, Oaxaca o Chihuahua iré a visitar el Centro Coordinador.

—Y yo le aseguro que no se arrepentirá.

Cuando se alejó mi amigo ocasional, me quedé con la satisfacción de saber que ya éramos dos más los mexicanos conscientes de la labor tan digna de aplauso del Instituto Nacional Indigenista.

este lugar pertenece al espacio continuo y homogéneo, mientras que para el medieval el lugar sagrado es un espacio interior, esencialmente distinto del otro. Para el precolombino, en cambio, lo sagrado está en el espacio abierto e infinito, en la noche desconocida e inabarcable, y sus templos son como plataformas donde el hombre se ofrece desamparado y desnudo a lo ilimitado.

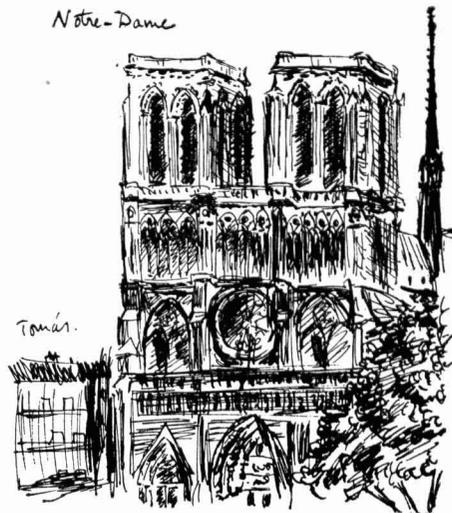
Pero volvamos a Chartres y a sus sugerencias. Una de las cosas que más me sorprendió comprobar fue la alegría, la sonrisa de Chartres. Por más que queramos evitarlo, todavía resuena en nosotros aquello de "los siglos oscuros" y "la época de las tinieblas". Pero aunque Chartres sea esencialmente espacio interior, esta interioridad no está hecha para negar, para abolir lo exterior, sino que precisamente funda la posibilidad de un diálogo. En una palabra, no es interioridad moderna. La Edad Media es realista. Se defiende el mundo, pero porque no lo niega; quiere salvarlo, pero porque cree en él. Por eso Chartres cuenta con su paisaje, lo interpreta, intenta elevarlo junto con ella, quiere darle sentido. La



Chartres.
Vidriera

catedral se distingue perfectamente mucho antes de llegar al pueblo, está hecha para poder ser vista de lejos, rodeada de una vasta porción de paisaje, y algo de la dulzura riente de este paisaje ha quedado plasmado en ella.

Viendo esta maravillosa, fuerte y delicada catedral o viendo Saint-Séverin todo untado de vida humana, tranquilo y como compresivo, o Nôtre-Dame ancha y clara, con una claridad que en ella es un resultado en lugar de ser un arranque, se siente con toda evidencia que el hombre medieval vivía de veras en su mundo, y esto es el supuesto de toda verdadera alegría. Es cierto que su espíritu tendía siempre a otra vida y que para él la de aquí no era todo; pero esta vida de aquí era el lugar natural donde sucedía un drama de otro plano, y el medieval la bebía sin asco, a grandes tragos sanos. Por lo menos no le era un veneno. No creo por eso que el Renacimiento sea una vuelta al mundo, ni apenas a la natura-



leza. En todo caso sólo una manera diferente de querer estar en el mundo, pero que pronto se fue convirtiendo en un retiro, en una irreconciliable ruptura del hombre con el universo. ¿No es significativo que haya sido la Edad Media, y no el Renacimiento, la que encontró el acento entrañable de la verdad para decir: "hermano sol, hermana agua"? Alrededor de Saint-Séverin parece que se respira todavía el tufo del vinazo que François Villon pagaba con el producto de sus robos o de sus canciones, y el olor sospechoso y rico de los pescados y los pollos que hábilmente sustraía maese Renard. Si esto no era "vivir la vida" (y eso que no mencionamos españoles, el Arcipreste y otros), y vivirla a fondo, sin remilgos, con hambre de la buena, entonces no sé a qué se le llama vivir.

No creo, además, que la sensación de trasmundo sustrajera de veras al medieval de su realidad, sino que tal vez era precisamente su fuerte sensación de "criatura" lo que le hacía sentirse tan solidario de la creación. El hombre que entraba en Chartres era y se sabía un pecador, y lo que sentía estremecerse en sus entrañas en aquel lugar solemne era toda su vida terrible y significativa, trágica y desgarrada, toda su miseria y su grandeza, o sea toda su condición de ser en el mundo. Ese frío tan especial, inmóvil y fastuoso, que reina en el sombrío interior de Chartres, más que frío es un verdadero sobrecogimiento. Es, representado fuera de nosotros, el frío de la sangre que se nos hiela en las venas, mientras allá arriba los muros terriblemente mudos se pulverizan en un resplandor verdaderamente sobrenatural,



Vidriera de Chartres
Tomás.

en el que parece que vamos a disolvernarnos de un momento a otro. En la Sainte-Chapelle esta disolución en la luz casi se cumple por momentos. En el segundo piso las vidrieras llegan hasta el suelo, la luz lo barre y lo borra todo, una luz azul, pero de un azul cegado, desencarnado, que no es un color sino una dulzura. Es impresionante al salir de una de estas iglesias, ver sólo las vidrieras miradas desde fuera se apagan, se opacan, se mueren, hechas materia otra vez, que nunca dejaron de serlo, sino que antes el espíritu las incendiaba. La calidad misma de las piedras es muy diferente por fuera y por dentro. Desde el exterior, los muros de Chartres, por ejemplo, parecen esponjosos y pálidos, como una finísima espuma solidificada, algo de piedra pómez. En esa palidez hay una gota de verdoso disuelto, ese verdoso del queso de Roquefort, y la piedra parece contener como una leve podredumbre helada, al mismo tiempo que una ligereza clara, casi una frivolidad. Pero ya en esos anchos portones del gótico, cuya concavidad de embudo parece hecha para sorber más fácilmente todo hacia adentro, hacia vida interior, las estatuas empiezan a vivir, tibias y palpitantes, con vida de hombres carnales. Y una vez dentro la piedra es sombría y fría, imponente, solemne, hecha para que en ella bailen las sombras alucinantes del gran drama que allí va a jugarse, el drama interior del hombre.

Sí, creo que esas evidencias que lo son de veras, que de veras han sido vistas, son mucho más fecundas que las teorías. La paloma parece resbalar en la luz mientras que el cuervo grazna revoloteando torpemente. Pero la paloma no cruza el pantano sin mancharse. Y el cuervo es un pajarraco amenazador, como los trasgos y demonios sus parientes, con los que luchamos, pero que no gobiernan inexorable e impasiblemente—inhumanamente—nuestras vidas. Lo contrario del puritanismo es Grecia, pero también, en el otro polo, el "pecador" medieval: esa criatura que se mancha, es decir, que no odia la vida.

Y la metáfora así es también una lección. Hay una especie de puritanismo metafísico que nos ha arrancado del mundo. Grecia, al parecer, vivía en el mundo sin una esperanza clara. La Edad Media vivía en él con su esperanza esencial. Pero no creo que sea verdad que esta esperanza la desterraba del mundo. Está bien claro que es nuestra forma especial de desesperanza la que ha producido el verdadero exilio. Y también, creo que uno de los pocos intentos de reconciliación que parecen tener algunas probabilidades de ser fecundos es una actitud que se parece mucho a la medieval, por lo menos en el aspecto de su humanismo, ya que no en general en su trascendentalismo. Una reciente vuelta al sentimiento de criatura, de precariedad, de la aceptación de nuestra condición y de *La caída* (es el título del último libro de Camus), así como una fuerte sensación de destino, de dramatismo y de irrenunciable responsabilidad parecen anunciar la desilusión definitiva ante el puritanismo metafísico. El gótico nos dice claramente, con su lenguaje vivo y caluroso, que todas estas cosas, incluso con el más allá por añadidura, no son ni mucho menos el exilio.